

Onelio Jorge Cardoso / ABRIR Y CERRAR LOS OJOS



 manjuarí / CUENTO

Onelio Jorge Cardoso
ABRIR Y CERRAR
LOS OJOS

 **manjuari/CUENTO**

Con este libro, Onelio Jorge Cardoso se aventura en el mundo de la fantasía, desasido ya de ese cordón umbilical que lo emparentaba con la literatura criollista. Los cuentos de *Abrir y cerrar los ojos*, funcionan más dentro del marco de la corriente trascendentalista, de los temas subjetivos del subconsciente y la memoria, que de la inmediatez objetiva. En estos relatos, la vida trivial se halla magnificada con recursos nuevos, nunca antes empleados por Onelio, como el psicoanálisis. Como escribiera Onelio Jorge Cardoso en su cuento «El Caballo de coral»: un hombre tiene por dentro su angelito y su perro jíbaro, el autor ha demostrado poseer a ambos, atribuyendo al angelito esa humana y noble fibra que caracteriza sus narraciones, y al perro jíbaro, esa malicia técnica que rehúye todo convencionalismo al uso.

COLECCIÓN: MANJUARÍ



Onelio Jorge Cardoso

ABRIR Y CERRAR LOS OJOS

ePub r1.0
ePub2.0

Diseño: JACQUES BROUTÉ

Portada: DARÍO MORA



© Onelio Jorge Cardoso, 1969

© Sobre la presente edición: UNEAC, 1969

Publicado por la UNEAC en edición de 5000 ejemplares. Se terminó de imprimir el 13 de octubre de 1969, «Año del esfuerzo decisivo», en la Unidad Productora 08 del Instituto del Libro, La Habana Cuba.

Editor digital: Wear&waZ
ePub base r2.1





—ewya_#027—

EWYA es un proyecto sin ánimo de lucro, orientado a la difusión digital de obras literarias de autores cubanos...

Wear&waZ®
©RíverDry 30.01.2022

NADIE ME ENCUENTRE ESE MUERTO

No me corten la flor ni me digan cuando muere.

Al Dr. Martínez Páez

¡Quién se va ahora a acordar de Samuel!

Nos lo han muerto después de veinte años de su muerte. ¿Quién lo hizo y por qué, si él estaba entre nosotros mejor que muerto, superior a cuando estuvo viviente y se oía su guitarra? ¿Quién lo ha muerto sin matarlo esta tarde que está lloviendo en el pueblo?

Quien lo hiciera, mató todo lo que tiene su raíz de bien y de sueño. Por eso, para que no se repita, vamos por parte a contarlo, cosa que se entienda bien y que en otra ocasión igual o parecida, no se traiga tan fácilmente un muerto que está multiplicado tantas veces dentro de nosotros y que tiene a tantos de nosotros dentro de él.

Sí, porque resulta que yo tenía entonces siete años y ya Samuel era alto, los ojos negros, el pelo revuelto, la guitarra sobre el muslo y la mano izquierda levantada, jugando los dedos entre los puentes del brazo. Aquí nadie sabía nada de músicas; nadie de melodías así, escritas, así sujetas en signos a los papeles, así de conocimientos y de palabras para conversarlas. Aquí nadie sabía y sin embargo, cuando Samuel tocaba su guitarra por el puro gusto de tocarla, uno se encantaba de lo que oía y algo más que eso; si oyéndolo, ponía uno el recuerdo sobre algo o alguien entendía mejor su contorno y su sentido secreto.

Y así se pensaba, por ejemplo, que el puente de los dos arcos, aparte de ser fuerte, pudo ser también hermoso y que entonces las mariposas crecidas debajo se hubieran visto más alegres. Y si era en persona que se pensaba, por ejemplo en María Celestina, se le hallaba el vínculo a los dos nombres y le dolían a uno sus años y le amargaba el alcohol que bebía, y entonces la cambiaba por la primera María Celestina de veinte, joven y reidora, sin vicio ni bebida.

Esto duraba lo que duraba la música en el aire que por demás no era siempre la misma ni estaba escrita en papeles, sino improvisada y que salía de las cuerdas y las manos de Samuel para una sola vez en el aire.

Uno, oyéndolo, de pronto veía algo mejor que el salto del río en el Donke, donde después de precipitarse el chorrerón, el agua se remansaba debajo en remolinos espumosos. Uno sabía todo eso y que el pueblo era pequeño, incomunicado con el mundo. Solo con su montaña detrás para decirle hasta mañana al sol. Y era también que uno, escuchándolo, liquidaba con otro su diferencia. Era que si se ponía la gente en grupo a oírlo, todos reconocíamos sin decirlo, que había mucha fuerza soterrada en nosotros para ponerla algún día en marcha.

Era, en fin, que ya no podía dejársele de escuchar. Por eso si Samuel, no ya con la guitarra, sino con las maderas sobre el hombro, pasaba por la acera, uno sonreía al saludarlo y si era mujer —fuese de quien fuese— volvía la cabeza a mirar otra vez y a callarse para el resto de sus días que en aquel momento se hubiera ido con él, cosa que no se perdiera la buena semilla y que se multiplicaran sobre las pocas calles del pueblo los muchos hijos de Samuel.

Mas él no era solamente la guitarra sino también la carpintería. Toda madera que cortaba y trabajaba con sus manos ya no parecía nunca más haber venido de un árbol sino de un oculto mineral. En casa de Álvaro todos los muebles habían sido diseñados y hechos por él; y si la casa desde la calle era la más hermosa del pueblo, una vez entrando y mirando los muebles que le hizo Samuel, de salida y de repente, ya la casa por fuera no era tan hermosa como antes.

Y tampoco Samuel era sólo la guitarra y las maderas; era también su simpatía por la gente. Así, era de pocas palabras y mejor sería decir que su voz era su guitarra y su palabra sus actos. Y, si no, no hay más que recordar aquella vez que el río partió en dos el puente y se llevó los animales y las plantas, y cuando quiso llevarse la gente, el primero que se tiró a sacar los muchachos de la muerte fue Samuel, quien salvó los dos hijos de Mariana.

Así era él, y si le envidiaban aunque fuera solamente por lo bajo, todo el mundo menos él detectaba al envidioso, porque todo el mundo estaba siempre como en acecho de los malos pensamientos que fueran contra Samuel. Así era y así siguió siendo cuando inesperadamente una mañana se marchó del pueblo.

Porque eso pasó un día. Claro que a nadie dijo nada, ni adiós siquiera. Una lágrima no; ni siquiera una pena quiso nunca dejar a su espalda. Hizo las cosas como las quiso. Se echó la guitarra a su espalda y no dijo nada. Cogió por el camino que estaba detrás del cementerio, y se fue.

Claro está que durante los primeros días nadie se dio cuenta. Cada uno al no verlo lo imaginó en su taller, trabajando los cedros y las caobas, pero allí ya no cantaba la sierra ni se mantenía el aroma de la madera nueva. Entonces la gente se dio a buscarlo; al principio con calma, después angustiosamente.

Más Samuel no apareció, ni nadie dio noticias ni nunca más volvió a este pueblo. Y entonces empezaron las cosas. Porque al que no se quiere ya se puede morir o seguir viviendo, pero al que sí, hay que buscarle otra forma de que no se vaya completo. Y empezaron las noticias.

Quien siempre quiso estudiar y no pudo, llegó diciendo que Samuel estaba en Inglaterra, que había estudiado medicina mayor, haciéndose tan famoso de tan gran médico que era, que venían los enfermos de todo el mundo a curarse con él. Quien soñó mucho dijo lo suyo también: «No es cierto, está en Italia; dirige la Orquesta Sinfónica de Roma. Logró atrapar todos aquellos aires dispersos de su guitarra y ahora los suenan cien profesores con cien instrumentos bajo su batuta que, por cierto, se la hizo él mismo de madera de granadillo.» Y quien se hubiera vestido toda la vida de uniforme dijo también su parte: «Está en Rusia, es un general de los soviets. Pelea en Ucrania. He visto su foto montado en un caballo moro, enarbolando sobre su cabeza el sable y detrás un monte cerrado de abedules blancos. ¡Ah! qué bien que se fue Samuel, si todos hubiéramos hecho lo mismo!

Era así como definitivamente se había quedado entre nosotros y como definitivamente estaban llevando en él alguna parte de nosotros.

Pero ahora, hace pocos días, resulta que viene aquí al pueblo este alemán que ni siquiera voy a pronunciar su nombre. Es el primer casco de corcho forrado de tela blanca y los primeros pantalones por encima de la rodilla que se meten de improviso en el pueblo.

Es, naturalmente, explorador. Tiene además su dinero propio y anda averiguando cosas por las tierras del mundo. Se hospeda, desde luego, en el hotel Las Brisas y ya el periódico local le ha dedicado enteramente la primera página.

Todo eso así hubiera estado muy bien, pero sucede que antes de ayer se fue con Pedro al campo. Pedro, quien caza jutías en tiempo muerto y conoce la loma, debe haberle encendido la cabeza al alemán con el asunto de las cuevas que, amor aparte, ni son tantas ni tan mayores.

La cosa es que se lo llevó, y esta tarde, esta maldita tarde a pesar de la lluvia que cae, el alemán y Pedro han entrado en el pueblo ante el asombro de todos. La gente se ha botado a la calle a mirar y a nadie le importa la lluvia.

Traen, con mucho cuidado y protegido de yaguas, un esqueleto humano sin moverlo siquiera de la posición en que lo encontraron. Es más, con ni siquiera romper el cordel que va del dedo gordo del pie derecho al gatillo de la escopeta; y algo más —que eso sí se trajo aparte—, una guitarra que estuvo junto al muerto por veinte años de polvo y de humedad.

Claro que todos comprendemos. Ha vuelto; lo han traído, pero ¿por qué se ha hecho esta estupidez? Ahora ninguna parte de nosotros puede estar de médico en Inglaterra, de director en Roma o de general en Rusia. Que se vaya este alemán por donde vino. Yo no voy a mentar su nombre siquiera.

Octubre 1968

LOS NOMBRES

A Eliseo Diego

Esta tarde van a juzgar a Carlos Alberto Cabrera. Este es el nombre que lleva del nacimiento a la muerte. Pero no es éste el que le viene bien ahora, como tampoco le sienta ya el de *Richi* que se le dice alguna vez —recordando todavía— en cuanto se le quiere adular.

Richi le correspondió hace unos años atrás, justamente cuando andaba el tiempo que va del primero a los tres años. Ahora no. Ahora tiene siete y ha cambiado aquel olor a dulzura, a flor o a talco, por este otro olor de los siete que le da el sol de tostarlo diariamente, cazando imaginerías.

Aquella vez se le llamó un tiempo *Richi* porque de pronto y como si fuera para siempre, lo improvisó la ternura manifiesta y el olfato agradecido al talco. Por entonces empezaba a caminar solo y era un hermoso muñeco vivo, oloroso y asombrado.

Así que esta tarde va a ser juzgado.

El abuelo ha dicho que cuando vuelva de preparar el programa va a dar un ejemplo. Este abuelo, alto y serio, de grandes manos arrugadas que escriben cartas pidiendo películas y despachando entradas, no le gusta perder su tiempo en nada que no sea absolutamente indispensable. Y por eso ha señalado la tarde aunque él acostumbra a regresar de noche.

Además, es un hombre que cuando habla, por la cara que pone y la voz de bajo profundo que tiene, parece que dice algo sumamente importante. Pero si se escribieran esas mismas palabras y se las leyera sin su voz, no tendría su pensamiento ninguna importancia, salvo repetir los lugares y los conceptos comunes que se han venido diciendo en todas sus generaciones de buenos padres de familias y abuelos de recto proceder.

Es también, a más de abuelo, padre. Porque él —el que debía seguir siendo padre y entrar y salir y traer los dineros y jugar con el hijo o regañarlo— se fue un día de la casa, y entonces él, el abuelo, vino a ocupar su lugar y con doble autoridad, porque siempre dijo que no era hombre bueno aquél, primero novio de su hija, después marido, luego padre del niño y finalmente hombre ido de la casa para siempre.

Y como lo dijo a tiempo su autoridad no es solamente doble, sino que es sabia. Por tanto cuando vuelva a la tarde va a tener razón desde que asome nada más por la puerta.

Así, está ahora en su oficina determinando qué película irá y cuál no irá a la matinée del domingo, pero a la vez está también pensando la misma cosa que ha traído todo el santo día en la cabeza: los dos cadáveres a los que debe estarles dando el sol todavía, si es que no han venido las auras. Los ve allí sobre las tablas del brocal, rotos, y aprieta las mandíbulas. Piensa en lo que será el día de mañana.

Él mismo los puso allí y ya no manaban sangre porque hubo que sacarlos del fondo y antes estuvieron mucho tiempo en el agua. Recuerda que entonces llamó al nieto, y no por el nombre que le correspondía ahora a sus siete años, el cual hubiera sido —dada la estatura y los ojos— Carlitos, sino de repente por el nombre completo y el usted:

—Carlos Alberto Cabrera, venga acá.

Y entonces el niño viene y mira y levanta su pequeña cara natural.

—¿Quién hizo esto?

—Yo, abuelo. De tres disparos —y se le anima la cara diciéndolo.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho?

Pero la pregunta no llega a ser totalmente oída, porque en ese momento ve la mano del abuelo en el aire, señalando los cadáveres como una pistola con el dedo largo, apuntándoles, y tiene un pensamiento: «Si se le dispara la mano por el cañón del dedo seguro que mete el tiro en uno de los submarinos.»

Y fue por eso, por demorarse pensando, y porque un abuelo serio no hace la misma pregunta dos veces, que vino lo otro:

—Bien, a la tarde hablamos de esto.

Y fue también que en ese momento de sus recuerdos el empleado vino a ponerle antes los ojos el título de la comedia para la matinée del domingo: «De tal palo tal astilla.» Entonces el abuelo no sólo lo encontró bien dibujado, sino que además se repitió calladamente: «Eso... pero en casa no habrá tal astilla de tal palo.»

Carlos Alberto Cabrera está acuclillado ante la gran pajarera del patio que antes tuvo muchos verdones y ahora se han vuelto todos mariposas. Las

mariposas tienen un cantito corto, como un chiss que se pierde en seguida. Pero no es su canto lo que más importa de ellas, ni su color rojo y verde, sino su manera rápida de cortar el aire y desprenderse en picada hacia la fuente del agua.

Porque, justo, eso mismo de la picada es lo que más se ve en el cine del abuelo. Los aviones que defienden la democracia y los otros que la atacan.

Es apasionante. Todo rompe primero con una marcha alegre y salen unos corredores de salto con garrocha, luego un tanque disparando sin sonido, más en seguida un automóvil blanco a toda velocidad que sube una rampa, pero sólo con las dos ruedas de un mismo lado, de modo que se vuelca y se incendia y seguido un hombre en motocicleta que atraviesa en el aire un aro de fuego y así, todo con música alegre, hasta que entra el narrador diciendo cómo va este mundo entre los hitlerianos que nos matan y nosotros que los matamos a ellos.

Al otro día en las calles y bajo los álamos se les dispara a los pájaros que son los aviones enemigos con el tirapiedras que es la antiaérea, y no se ve bien ni mal la muerte y el dolor porque no son pájaros, sino enemigos, quienes ahora tienen otro nombre como él también antes tuvo otro.

Pero lástima que las mariposas tengan las alas tan frenéticas y no verdaderamente tendidas todo el tiempo como los junkers alemanes. Por eso separa la vista de las pajarera, mira al cielo y allá en lo alto, por fin, un junker alemán, todo negro y majestuoso vuela con las alas tendidas, sin agitarlas, porque aunque él no lo recuerda ya, al fondo del patio hay dos cadáveres de jicoteas al sol, sobre el brocal del pozo.

¡Ah! ¡si llegara la antiaérea! Pero la liga no da para tanto. Entonces habrá que pensar lo únicamente cierto; es un avión enemigo, un bombardero de reconocimiento.

Otra ha sido ya el mar.

Hace un par de días que vio los submarinos, tan disimulados bajo el agua que apenas se les notaba desde la luneta. Tenía que ser que emergieran de proa, rompiendo el agua en espumas, asomando después el lomo negro, carapachado.

Después, los hombrecitos sobre el submarino, corriendo y disparando sus armas, asesinando a la gente nuestra, quienes nadaban desesperados entre

aguas y tablas. Más, luego los aviones de nosotros que aparecen, los hombrecitos que huyen a entrar por el agujero, el submarino que se sumerge y los aviones que desprenden sus cargas y estallan y sube el aceite a la superficie. De modo que la pagan cara, muy cara los submarinos alemanes.

Entonces ayer, resulta que así, de repente, los submarinos otra vez. Surcando las aguas quietas allá abajo, en el redondo mundo de su mar limitado, casi pesados y lentos. Después sumergidos y vueltos a la superficie, tal vez sacando el periscopio para ver o respirar, porque todavía no se sabe cómo respira un submarino, pero periscopiando, preparándose.

Pues entonces él está en el avión de nosotros, a buena altura, girando en círculos sobre el blanco, esperando, y con las cargas de profundidad en las manos. Y cuando asoman las deja caer y la carga hace volar por los aires y las aguas los submarinos aterrados y luego deshechos, rotos, hasta el fondo del pozo.

Eso había sido y ahora, así de pronto en la tarde con la madre callada al lado y el abuelo al frente, está oyendo las palabras:

—Un mes sin ir al cine.

No comprende. Mira a la madre y ésta lleva su mirada, más la suya, al abuelo. Pero al abuelo le preocupan los días que han de venir:

—Si esto es ahora con animales, qué será luego con personas.

Mientras tanto afuera hace sol y por allá arriba van pasando, muy altas unas nubes que parecen diablos o flores. Depende de quien las nombre.

Noviembre 1968

ALGUNOS CANTOS DE GALLO

A María de los Ángeles Perió

A Alcides Iznaga

Naturalmente que no está bien. Hay cosas que así, por sí mismas, aisladas, no están bien. Vaya, que son condenables; como por ejemplo alardear alguno de su puño prohibido y otro el andar bobeando por capricho o por ser idiota natural, que también los hay.

Ahora, que tampoco conviene ser esquemático, porque eso es como todo y si no, ahí tienen el caso de Muñoz —no el Muñoz de las cotorras, no, yo digo el que trabajaba en los ferrocarriles, en la oficina, el que estudiaba hipnotismo digo yo.

Porque hubo un incidente en la vida de Muñoz, casi al principio, cuando se entregó al estudio del hipnotismo. La verdad que desde la primera lección Muñoz se dio cuenta de la fuerza de vista que tenía. «Si me miro al espejo me privo», se dijo, y por eso desde entonces se evitaba lo más que podía la mirada.

De manera que fuera de las horas de trabajo siguió practicando con los animalitos y llegando al cabo a hipnotizar todas las aves del patio y hasta al obstinado mulo de un vecino que venía todas las tardes a comerse el coralillo de la cerca.

Lo cierto fue que al primer vistazo hipnótico el mulo quedó hecho un idiota, mirándolo y con un ramo de coralillo colgándole de la boca. Luego Muñoz arreció la mirada y le ordenó fijo con el pensamiento puesto entre los arcos superciliares del mulo: «Vete a comer coralillo a casa del carajo, anda.» El mulo, obediente, volvió las ancas y más nunca se le vio el pelo por allí. Lo que demuestra que Muñoz hubiera llegado muy lejos con esto del hipnotismo.

Pero el caso fue que tuvo un fallo, y eso que estaba avisado por sí mismo. Resulta que, precisamente el día que había decidido pasar por la tintorería y decirle a Ñico que viniera a recoger la ropa sucia, se le ocurrió antes mirarse al espejo, y ahí mismo fue: de un solo vistazo se privó. De manera que se quedó idiota de a viaje y ya en lo adelante empezó a vivir como embalsamado.

No volvió a mirar fijo a nadie y siempre estaba esperando que le dieran una orden cualquiera, pero como nadie le daba esta orden, porque tenía que ser por vía hipnótica y en el pueblo nadie más sabía hipnotismo, resultó que el pobre Muñoz vino a ser como un bobo grande a quien había que hacérselo todo y encima sacarlo al sol.

Todo esto, desde luego, tenían que hacerlo las hermanas que eran solteras y las que al cabo se mortificaban con la nueva obligación, porque pasaba a ser uno de los imprevistos más amargos de la casa.

El asunto, fue que Muñoz seguía siendo una impedimenta para todo y por eso, naturalmente, lo primero fue que le dieron de baja en los ferrocarriles y aunque las hermanas reclamaron el derecho a una pensión, aduciendo que la causa del mal —el libro de hipnotismo— le llegó por los mismos ferrocarriles, no hubo lugar, porque el demandante ni tenía edad para jubilarse ni estaba completamente muerto tampoco. Así pues, pasó a depender del presupuesto de las hermanas quienes se defendían cosiendo para afuera y para adentro.

Luego, andando el tiempo, lo más que se pudo lograr de Muñoz fue amaestrarlo, de manera que marchara y volviera solo de la rejita del jardín de la casa al parque de la Libertad; unas seis cuabras en línea recta y sin bajarse de la acera.

Pero en fin, era el único momento libre que tenían las hermanas para atender las costuras, cocinar, limpiar, lavar y hacerse las caretas por la tarde. Claro que al principio Muñoz iba y venía tan seguido —también porque era corto el recorrido— que las hermanas, para hacerse con más tiempo, acabaron por voltearlo cuando regresaba. Fue cuestión nada más que de turnarse ellas. Lo esperaban, le ponían suavemente las manos sobre los hombros, lo hacían girar y allá va Muñoz.

Así pasaron tres años. Tres largos años que sumaron, muchos cantos de gallo, mientras que la gente por su parte se fue acostumbrando al paso de Muñoz y hasta le sacaron partido. Sobre todo los novios de una misma cuadra a cuyas relaciones se oponían los padres. Bastaba que él o ella detuvieran a Muñoz un segundo, y mientras él se mantenía mecánicamente marcando el paso en el mismo sitio, le prendieran el papelito amoroso a las espaldas y

andando, que allá el otro o la otra capturaban el mensaje. Lo que demuestra que nadie es totalmente inútil por muy embalsamado que esté.

Sin embargo para quien resultó más necesario Muñoz fue para Ñico el que trabajaba entre chorros de vapor en la tintorería que estaba a la mitad del camino de Muñoz. Estas circunstancias y otras más que veremos, bastaron para prestarle el gran servicio de la vida a Ñico.

Pero es necesario también hacer un análisis más detallado sobre el caso de Ñico para comprender las cosas. Ñico vivía y trabajaba como un esclavo e, independientemente de asegurar que se había criado de niño sólo con agua de arroz y buscándosela él mismo, se sabía de puro mirarlo que lo primero que agarró por esa fecha fue una mal llamada tifoidea la cual de entrada le llevó el pelo para siempre y de salida le dejó el cuerpo estrellado de rosetones.

Tal vez por eso trabajaba ahora en la tintorería. ¿Quién quita que toda la vida Ñico hubiera querido hacer con su pellejo manchado lo que hacía con la ropa sucia de la gente? La vocación es un misterio; aunque no vamos a remontarnos a esos asuntos porque luego viene el aquel de que por ser pobre de tintorero no pasó en esta vida y eso vale también.

Así pues, porque sería muy prolijo el recuento de los martirios de Ñico, vamos nada más a añadir que a los catorce años acabó en las manos de un tío paterno, quien puso en las suyas de iniciado adolescente, las dos barras de una carretilla para vender viandas arriba y abajo del pueblo, todo el santo día pregonando.

El caso fue que la miseria y los golpes engendraron en él dos corrientes encontradas. La una que le pedía, a todo gusto de cuerpo, meterle un día un trastazo a cualquiera con razón o sin ella, y la otra tener cuidado de no provocar a nadie por la justa experiencia que le venía de tener una suerte loca para los contragolpes.

De ahí que la gente no comprendiera su carácter, pues solía armar una perrera de palabras por cualquier cosa, pero en cuanto a pasar a los hechos ya eso era más riesgoso. De todas maneras Ñico oía su voz interior que le exigía siempre lo mismo: «Tienes que descargar, Ñico; un puñetazo, uno solo pero en firme y te harás hombre.»

Desde luego, justo hay que decirlo también, él no estaba muy seguro de si su voz era interior o consecuencia del machismo que formaba parte del aire

donde había nacido y que venía manifestándose en torno suyo y de todos de mil maneras distintas. El caso es que viniera de donde viniera lo oía y al cabo de tres años de pasar y repasar Muñoz frente a la tintorería, donde el vapor de la plancha le cortaba a Ñico hasta el resuello, tuvo que ocurrírsele la idea: Muñoz estaba hecho para recibir la descarga.

Y desde ese día empezó a hacer los primeros cálculos. Sólo que había una dificultad y era meterle mano así, de día, delante de la gente, aparentemente por gusto y sin mediar ni palabra. Además ya por esa época Muñoz empezaba a ganar en la estimación de la clase acomodada, pues aparte de seguir transportando las misivas amorosas prendidas a su espalda, también cargaba con anuncios de distintos productos que los empresarios pegaban a sus ropas y que obstinadamente las hermanas laboriosas quitaban avergonzadas; para repetirse el hecho inmediatamente cada vez que salía un producto nuevo a la calle.

No, a la luz del día era imposible. Alguien podía salir, en defensa de Muñoz. Entonces pues intervino el destino quien, por lo menos en literatura, sirve siempre cuando uno lo necesita.

Y fue Etlvino, el joyero del pueblo cercano, el que se presentó en forma de ocasión dominical. Este sujeto, quien no se llegó a casar porque lo sorprendió la muerte en los preparativos matrimoniales, estaba por entonces tiroteando a Lucila, la hermana mayor de Muñoz. Así pues como el pretendiente sólo tenía los domingos libres de su negocio, tomaba el tren a las cinco y media y a las seis, cronométricamente, estaba para visitar a Lucila.

Ahora bien; en casa de Muñoz no eran más que tres hermanas solteras y además el propio Muñoz quien así, embalsamado, era la amenaza peor de todas. Por tanto las tres costureras se dieron a hilar muy fino con vista al futuro de Etlvino. Decidieron pues ocultar la existencia de Muñoz, por lo menos hasta que se cerrara en firme el compromiso con Lucila, no fuera que Etlvino soltara su protesta por tener que habérselas para toda la vida con tres hermanas solteras y encima un cuñado improductivo.

Y por cierto que no fue nada difícil la solución de ocultar a Muñoz, porque, como ya se sabe, éste hacía sus eternos paseos de día y al anochecer ya estaba en la cama donde la hermana de guardia le bajaba los párpados para que al menos durmiera como la gente, o no durmiera o sabe Dios.

Entonces nada más sencillo que hacerle guardia en la rejita del jardín. Es decir: no acostar a Muñoz. Prolongarle el paseo con el método de siempre: voltearlo cuando llegara y caminando hasta las once o las doce de la noche que se marchaba de su visita a Lucila, Etelvino el pretendiente.

Pero Ñico estaba alerta y fue la noche del segundo domingo. Lo vio pasar lento, hacia el parque como siempre. Todavía estaba rezongando sus vapores la máquina de planchar y le quedaban algunas piezas por terminar. Mas ya no pudo contenerse. Salió de la tintorería así mismo como era y estaba, lleno de rosetones, calvo y en camiseta. Abrió la mano lo más que pudo y «protegido por las oscuras sombras de la noche sin testigo», le dio a Muñoz la galleta más salvaje que ha sonado jamás bajo el techo del pueblo.

Ahora bien, los cronistas nunca se han puesto de acuerdo en quién de los dos se sintió primeramente liberado. ¡La verdad, fue tan unánime que quién sabe! Lo que sí corroboramos por las manifestaciones que luego hizo Ñico, es que en el momento sintió que se le horrabán los rosetones y el pelo empezaba a salirle de nuevo. Y en cuanto a Muñoz, por su parte, sacudió la cabeza y en seguida volviéndose a Ñico, descongeló su último pensamiento con tres años de atraso:

—A propósito, Ñico; vete mañana por casa para que recojas la ropa sucia.

Nada, lo que decimos; hay cosas así, que se empatan en el aire, en los días, en el tiempo y que están muy por encima de nuestras propias narices.

Mayo 1968

EL PAVO

A Isabelita Fernández

Desde la sonrisa de los mayores uno venía montado en un palo, pero uno venía en el caballo del padre, aunque el caballo tuviera la cabeza de trapo y los ojos de vidrio.

Y uno entraba siempre por la portada entre la pared de la casa y la cerca de tablas por donde entraban los caballos.

Eso cuando uno era el mismo padre que venía de la finca, o era Bruno en su yegua con la botija de leche embutida en el serón de yute y con aquella mutilada tenaza de la mano derecha, formada por tres dedos que le faltaban y sólo manejando para todo el índice y el gordo.

Entonces uno entraba orgulloso, y seguía *guatrapeando* hasta el fondo del patio donde estaba la caballeriza. Y amarraba, allí su caballo a comer y lo sentía oliendo como el caballo del padre o la yegua de Bruno. Todo eso cuando uno no traía en la cabeza más que el recuerdo del camino verde, de la finca a la casa.

Pero si uno entraba por la tarde era distinto.

Entonces el caballo era lo que era; un caballo de palo y uno sólo podía pensar en azorar al pavo. Porque había un odio sostenido contra el pavo.

Uno no sabía que un odio así podía tener su razón más atrás de las razones que expresan los labios de una madre, quien cuida de su jardín. Para saberlo había que pegar un salto de veinte o treinta años y eso es imposible sin cumplir el tiempo, paso a paso, cuando sólo se tienen nueve.

Así que uno se ponía alerta y cambiaba sus cascos de caballo por pasos de seda para sorprender al pavo y pegarle un azoro grande y que volara la cerca y volviera a su patio vecino.

Cuando uno hacía eso se sentía más cerca de ella. La iba a buscar corriendo y se lo decía casi sin aliento:

—¡He azorado el pavo, mamá; lo saqué del jardín!

Y después uno volvía a montar su caballo y era un gozo aguantarle las riendas de trapo, porque sólo quería desbocarse de la buena sangre que tenía.

Pero si uno se demoraba en entrar por la tarde, era seguro que allí estaba el pavo en el jardín, escarbando con lo único feo de todo su cuerpo: las patas cenizas de largas uñas.

Así, hollaba los claveles, destrozaba las verbenas y desenterraba los bulbos de las *brujitas*.

Entonces ella se lamentaba y maldecía. Y lo malo no era lo que decía con una voz doliente que lo penetraba todo, sino aquello otro: el tiempo que duraba el mal del pavo. Los cuatro, los seis días que duraba, y que se reflejaba hasta en su manera nerviosa con que nos abotonaba por las tardes las camisas a la marinera.

Pero a veces poníase el pavo a hacer la rueda y entonces una extraña fuerza, un poder inesperado, lo obligaba a uno a mirar un momento que fuera, un momento antes de azorar después.

Porque se volvía un zafiro, un enorme zafiro tornasol, o una flor gigantesca que no podía darse en la tierra del jardín y que se abría delante de uno, e iba trazando dos surcos en el polvo con las puntas de sus alas estremecidas.

Y entonces uno confirmaba en él todas las cosas hermosas que había acumulado la memoria secreta con los días... Estaba el agua del río, rielando, con sus mangos maduros en el fondo, las madrugadas, las nubes de la tarde, el camino de plata que deja una babosa en la acera, el sonido del yunque en la herrería y sobre todo, el azul profundo cuando ha llovido mucho y el cielo aclara de pronto.

Uno podía estar viéndolo y viéndolo sin cansarse, porque siempre aparecían nuevos asombros ya vistos y guardados en la memoria.

Pero había que adelantarse antes que ella viniera por el comedor y fuera a darle el mal del pavo.

Por eso uno se despertaba bruscamente y moviendo los brazos azoraba a gritos al ave. Pero luego uno se preguntaba si ella lo había visto alguna vez así.

Seguramente no.

Nadie podía verlo haciendo la rueda y no perdonarle al otro día sus uñas largas y sus patas de ceniza. Uno pensaba además, que de verlo ella

confirmaría también todas las hermosuras de la vida que el tiempo debía haber acumulado en su memoria.

Y por eso uno llegaba a pensar que tal vez, por la noche, hablándole, contándole, uno podía decírselo y tal vez ella entender y entonces uno empezaba como podía:

—Mamá, el pavo se eriza, a veces tiembla, levanta su cola...

Pero ella no oía, sus delgadas manos manejaban incansablemente las agujetas y hasta se alteraban, imprimiendo un movimiento más rápido al tejido.

Entonces uno se callaba y los días seguían pasando iguales.

Y fue una tarde, la última.

Uno había pasado ya la portada y venía en el caballo cuando vio el pavo. Había llovido antes y quizás la lluvia lo hizo más hermoso que nunca.

Estaba pavoneándose orgulloso en medio del patio, y esa tarde uno traía una rama en la mano, porque también el caballo había hecho una jornada muy larga y no conservaba el paso que debía.

Y la rama era seca y pequeña, sólo para hacerla sonar contra las ancas de palo del caballo, y quizás porque no se hace un viaje largo sin obligar a la bestia a su marcha, fue que uno no se detuvo un momento a contemplar esta vez sino que, valiéndose de la misma rama, dio el grito de azoro y la lanzó hacia él.

Uno puede jurar entonces y ahora que sólo lanzó la rama a picar delante del ave. Pero la madera dio cuatro saltos diabólicos y fue a pegarle justamente en la nuca cuando estaba haciendo la rueda. Y cayó redondo al suelo, desplomado y muerto.

Entonces desde el final del corredor vino su grito:

—¡Muchacho, qué has hecho!

Y miré y los vi a todos; a ella, a mi padre, a mi hermano, a Susana, quienes por primera vez habían sentido lo mismo que yo: un momento de asombro antes de odiar.

Luego pasa el tiempo y uno se da cuenta que una vez de muchacho no estuvo solo llorando por gusto.

Mayo 1966

UN TIEMPO PARA DOS

Al Cmte. René Rodríguez Cruz

Lo primero fue el anófeles. La hembra del anófeles que vino volando desde los mangles donde si no era agua era humedad y si no pestilencia de lodo pudriéndose bajo los lamparones de penumbras en el suelo.

De allá abajo vino porque no había viento y porque necesitaba vivir.

Ya el brazo estaba curtido por los días de sol y salitre y el codo se apoyaba en un tramo de alambre entre púas, y la camisa del brazo estaba desgarrada por los días y los caminos malos.

El anófeles desde que salió a volar sabía del brazo y así como se puso vertical a la piel para hundir su trompa acanalada y filosa, sintió la conversación de la voz que se trasmitía hasta la piel, pero contaba con eso porque su operación se podía hacer con o sin conversación. Malos eran los animales como el caballo, que produce a voluntad un terremoto furioso en la piel. Pero un brazo de hombre no. Un brazo casi no siente la picada hasta que ha echado a volar, ventrudo y torpe, el anófeles.

Y chupó hasta hartarse y alzar el vuelo dando tumbos hacia los mangles. De camino contrario a la sangre que ascendió a su estómago, bajó por la propia trompa el contenido de las glándulas salivales; una humedad de humedades que servía de vehículo a vidas más rudimentarias que la propia del anófeles. Unos seres que luego nadaron en la sangre del brazo y pasaron a toda la sangre del cuerpo, especialmente allí donde estaban los glóbulos rojos, penetrándolos hasta devorarlos por dentro, hasta poner a vivir allí otros seres a su semejanza y hacer estallar luego el glóbulo en millares de seres nadadores y nuevamente devorantes.

Pero el brazo no supo nada de esto hasta el decimoquinto día de la penetración.

Entonces estaba como siempre en aquellos meses, con la mano agarrada a la mitad del fusil y los ojos mirando hacia la costa por donde podían venir los pasos o las balas.

Y entonces fue también primero un dolor de cabeza que había venido a paso de sombra y ahora hacía estallar las sienas. Y luego sucedió un frío y

unos temblores que hicieron golpear repetidamente la culata del fusil contra el suelo de piedras. Y la cabeza dejaba de oír el golpe repetido para oírse ella misma el rechinar y el golpear de los dientes de arriba con los dientes de abajo.

Y el sudor, un agua de sales de muerte, brotaba por todo el cuerpo menos en la lisura de los labios.

Y luego hasta tener que olvidarse de la mirada hacia la costa y encorvado todo, caído el ser en un delirio de fiebre sin más conciencia ni propósito que seguir abrazando el fusil contra el pecho.

Después como ir saliendo de la inconsciencia. Recobrar la vida cuando ya se había ido la última luz de la tarde y un lucero quedaba sobre el mar. Ir recobrando el calor del cuerpo, el que se tiene y no se siente, porque es natural; eso, ya otra vez la vida como siempre. Más, sólo con una diferencia: la sed.

Porque quedaba una sed ascendente que venía abriéndose paso desde el tuétano de los huesos, por los tejidos del hueso, del músculo, de los nervios, hasta toda la superficie de la piel. Una sed de todo el cuerpo que tenía su fundamento de fuego en la boca.

Pero no una sed de agua, sino de jugo; de un jugo de cualquier fruta del mundo, especialmente ácida, que empezara por humedecer los labios, que penetrara mojando las paredes de la boca, las encías, los dientes, la lengua y luego bajara a golpes de dicha por el oscuro tragadero del cuello, rumbo a saciar lo otro: los nervios, los músculos, los huesos, el tuétano de la vida.

Los ojos fatigados buscaban en derredor y bajo la noche, pero no había más frutas que las estrellas y mucho árbol en la sombra cargado de sombras y tal vez de pájaros sin jugo.

Esa fue la primera vez de la fiebre y la primera de la sed. Después vinieron otras. Cada dos días se presentaban. Un lucerito de frío de angustia en la frente; que se corría luego a las sienes y en seguida el escalofrío como un latigazo y el torrente de fiebre por todo el cuerpo hasta la última luz de angustia de la conciencia: no perder el fusil. Locura de no abrir la mano y que se fuera el arma más allá de las fiebres.

Luego la sed. Tal vez peor que todo. ¡Dios, una poma ácida que fuera en este mundo!

Esta era la obra del anófeles, pero no la obra del hombre. La obra del hombre estaba por empezar o recién había empezado. Comenzaba en las botas que salieron casi lustrosas de México y ahora tenían, sobre los vómitos de la travesía, el rasponazo del «diente de perro», el cuero reseco y las suelas comidas.

Mas, con todo, nunca estuvo más clara la voluntad del hombre que aquella noche de las palabras cuando las primeras salieron de otra boca rodeada de barba como la suya:

—Un día te raja la fiebre y te vas.

Lo buscó entre las sombras para contestar y aunque solo dio con los dientes blancos de la broma, ya fue y lo dijo porque se le estaba saliendo de la boca:

—Un día ganamos o me matan, pero ni pendejo ni traidor.

Otros brazos hacían lo mismo, el peso del arma día y noche; la mano de guardia sobre el fusil. Aunque el cuerpo durmiera su hambre y su fatiga, la mano de guardia. La carga pesada y quejante del menos herido y del más herido. Otras piernas hacían lo mismo hasta sostener el cuerpo dormido de pie. Otros cuerpos ofrecían lo mismo, la posibilidad de un lugar para una bala de frente, de espalda, de lado, de arriba, de abajo en la montaña.

Otros tenían lo mismo, pero él también lo mismo y además la fiebre.

Mas, todo era poco; aun la fiebre si se recordaba la sed cuando subía por todos los canales secretos del cuerpo buscando la boca y con la petición del zumo ácido en alguna parte del mundo; redondo y lustroso en su fruto.

Por eso no se atrevió a creerlo la mañana que descubrió el árbol. Entonces ya era sólo barba y obstinación. Dejó la vista allí donde la tenía y luego dijo con la voluntad de la voz para atrás:

—Juan, mira si es de fruta.

—Lo es, Capitán.

—¿De cuál?

—Marañón.

—Mira a ver si tiene —dijo, y estaba mirando dos maduros, pero no confiaba en sus ojos porque ya desde un tiempo empezaba a ver frutas donde no las había. Hasta que vio la mano meterse entre las hojas y agarrar allí donde él tenía la vista fija sin moverla a ningún parte.

Después estiró la palma de la mano amarilla y se echó los frutos a la boca.

Los otros estuvieron viendo cómo se le hacían bolas de barbas en los carrillos, pero ninguno pudo imaginar hasta dónde le bajaba la frescura tremenda y ácida, por el oscuro tragadero del cuello.

Desde entonces la zona de operaciones pudo tener leguas a la redonda, que siempre volvía al punto y entonces repetía las palabras:

—Juan, mira si tiene.

—Tiene, Capitán.

Era matemáticamente así; no más de tres, pero al cuarto o quinto días, maduros, rojos, confundidos a veces con las hojas que también maduraban del mismo color.

Era una tregua de pequeña dicha mientras duraba el sabor. Y, porque se fue haciendo imprescindible, una tarde miró detenidamente al árbol y vio que las raíces se retorcían sobre las piedras buscando, más que el asidero firme, el jugo profundo entre grietas de rocas y lagartos de colas enroscadas.

—¿Llueve aquí, Juan?

—Poco; la sierra se lleva el agua, Capitán.

«Puede secarse», pensó y entonces también pensó en el tiempo de la obra, porque venía uno con el deseo de todos: tomar los pueblos y echar por tierra el gobierno. Más, todo aquello estaba por venir en un tiempo ilimitado que no se sabía cuándo. ¿Quién ponía fecha a la obra del hombre? La cosa podía estar a la mano inesperadamente como el marañón o el anófeles o no dar en mucho tiempo con la mano como también pudo haber pasado con los mismos.

En cambio el marañón podía irse secando ante los ojos. Todo que empezara un día de estos.

Y desde entonces como con las avionetas, aprendió a mirar el cielo.

—Esa nube, Juan.

—Va de camino, Capitán.

—¿Es que no llueve aquí?

—Este es suelo de lagartos. ¿No le conoce los ojos al Chicho, Capitán? Es de la zona. A un hombre así no lo paren más que lagartos y a los dos la falta de agua.

El nombre, tirado como para señalar la operación en la que llevaban quince días, le recordó la obra. El Chicho; seis pies de estatura mulata. Diez muertes y entre ellas una de niño por gritar. Las más a machete. Ahora huyendo el Chicho con la muerte suya ordenada en la montaña.

—Aquí va a llover cuando le *échemos* la tierra arriba al Chicho, cosa de que se ablande el suelo y se vaya más para abajo todavía que todos los muertos, Capitán.

El Chicho era para la obra ahora, pero también se pensaba el otro pensamiento: ¿No caería el agua alguna vez sobre las piedras, los lagartos, el frutal? Pues si era preciso el Chicho para la obra, mejor.

Sólo que hubo que estar siete días más buscándolo y el Chicho con arma y parque porque había hecho una muerte nueva.

Allí mismo lo fusilaron.

Y luego Juan tuvo que volver a preguntar:

—Pero, ¿no se entierra aquí, Capitán?

—Cárguenlo.

—Digo, ¿no está el hueco aquí mismo?

—Cárguenlo.

Y se obedeció. Un día duro de camino con una parada para la fiebre. Lo demás una obsesión; una fuerza que venía de los nervios y que le hizo no detenerse hasta llegar donde no llovía y estaban el árbol y los lagartos al sol.

—Abajo; bien en la raíz, Juan.

Y Juan cumplió, pero cumplió mortificado por la pena de no atreverse a decir aquello tan sencillo: «Capitán, lo hablé por hablarlo, ningún agua sigue a un muerto.»

En tanto, el hombre pensaba su pensamiento. Ya veía subir por las raíces los zumos del muerto, llegarse por las ramas hasta las flores, el fruto, alimentar la seca vida del árbol y de la sed. Era la obra del hombre y del anófeles.

Noviembre 1967

ME GUSTA EL MAR

A Posada

*Agua del recuerdo
voy a navegar.*

GUILLÉN

Bueno, yo soy de tierra adentro, pero al centro de la Isla; quiere decir donde no se ve el mar más que en los almanaques todo el año o alguna que otra vez en el cine cuando echan una película de olas y de Barcos.

Y por eso es que me gusta tanto el mar aunque nunca lo he visto en persona. Y quizás también esto fuera lo de menos, porque tengo otra cosa incontenible: que me gusta imaginar.

Y tanto y tan en grande me gusta que hasta una vez me puse a pensar lo bonito que sería que todos los cubanos nos fuésemos a la orilla de la Isla, y, con los remos en el agua, nos pusiéramos a remar y remar y nos lleváramos el País de paseo, navegando por los mares y rompiendo el agua por la proa de Maisí.

Y luego llegar con la Isla a cualquier puerto del mundo, echar el ancla y decir: «¡Qué pasa! ¡Aquí estamos los cubanos que venimos a saludar!»

¡Bonito que sería, la verdad! Y es que yo soy así.

Así de mi cabeza para dentro, pero de mi cabeza para fuera, soy distinto, porque las gentes con sus boberías me obligan, y además porque siempre tengo muy presente al mar.

No sé si será porque somos muy pocos aquí en mi pueblo del interior o porque es costumbre que siempre se hable la misma tontería y tengamos el torpe orgullo de que los domingos somos grandes bebedores de cerveza y de que nos sentamos en las mesas del café con un monte de botellas vacías para que todo el que pase vea la capacidad dominical que tenemos de llenarnos el buche y botar el dinero.

De esa conducta nace la costumbre de contar temas personales que en lo que a mí respecta me revientan. Porque también soy de una natural

inclinación excesiva que me hace ponerle asunto por delicadeza a todo el que me cuente su tema favorito. Sólo que entonces yo me pongo a navegar.

¿Se entiende? Es el recurso vocacional que he encontrado para librarme de esas situaciones. Por ejemplo: Manolo va y me agarra el domingo en el café y empieza con su asunto y su nata de cerveza sobre el labio:

—Hermano, para esa mujer no había más hombre en el mundo que yo.

Entonces, religiosamente, por ser como soy, haber nacido en mi pueblo y mantenerse en el ambiente un calor de veinte y cuatro grados sobre cero, tengo que aguantarle la misma historia que me hizo la otra vez y la otra.

No es posible, yo estoy muy ocupado con el mar. Además el mar es muy vasto y da para muchas imaginaciones. Pero como yo digo que tengo el natural de darme pena dejar a nadie con la palabra en la boca, entonces pues resuelvo fácil: me pongo a navegar, ya lo dije.

Así cuando Manolo va por la parte en que conoció a Ñica y ella le respondió que gustarle le gustaba, yo voy ya como por Cayo Paraíso en Pinar del Río, donde dicen que tiene unas aguas tan claras que si se hunde a cuatro brazas una hoja de mangle madura, desde a bordo se la ve en el fondo amarilla y enterita como es.

Desde luego que, en cuanto a la cara y la expresiones que le voy poniendo a Manolo a medida que habla, son como si lo estuviera escuchando atentamente, pero qué va, yo lo que estoy en ese momento es navegando abierto.

¡Los viajes que yo me he dado y las sirenas que he tratado personalmente a cuenta de esos tipos!

Por eso hoy que es domingo y para que no me echen garra en el café, voy y me meto aquí en el barcito donde todo está a media luz y hay parejas de enamorados y eso. De manera que nadie me va a interrumpir mi navegación de hoy que va a ser por el mar Caribe. Y en eso estoy cuando siento que me gritan.

—¡Santiago!— y veo a Pedro que viene a abrazarme —¡Hace seis meses que no te veo, hermano!— dice, y debe ser verdad porque hace como seis meses que yo no navego frente a la boca del Amazonas, zona marítima que le tengo dedicada a Pedro desde siempre.

—¡Mira bien, medio año al borde de la *piragua*! —me grita de nuevo y sentándose ahí en la otra banqueta, coge y se abre la camisa de un tirón que casi se lleva los botones.

—¡Me muero y no te enteras!

Bueno, Pedro tiene un pecho cuadrado que de entrada es pura felpa. Peludo hasta el ombligo.

En seguida pongo proa al Caribe. Salgo por Santa Cruz del Sur a los Jardines y Jardinillos, de manera que dentro de un momento voy a ver las aguas turbias todavía a cien kilómetros de la desembocadura, y hasta diría que me ayuda en esto la Caridad del Cobre que le cuelga a Pedro del cuello. Me veo con los tres juanes fajados por los palos con los remos, aunque la verdad estos tres juanes parecen un poco tercicos en eso de no soltar el remo. De todas maneras es inútil, Pedro por sí solo me saca del agua.

—¡Mira bien, fíjate, tremenda operación! ¡De aquí a aquí!

Y con el dedo me señala la trayectoria.

Efectivamente hay algo nuevo en la tabla del pecho de Pedro. Es un costurón rosado que se abre camino entre el monte de pelos, desde el remache del esternón arriba y que luego curva abajo como buscándole el riñón.

—¡Alabao! —digo yo.

—Seis meses al borde de la *piragua*, hermano —dice Pedro.

Y entonces, irremediabilmente sin que nada me salve, empieza a contarme su caso.

Bueno, yo he tratado diez veces de irme al mar. Primero con los juanes estos que no cuelan a más nadie en el barquito, porque dicen que bastante peso llevan con la virgen. Luego hasta me puse a echarle malas palabras a otras tripulaciones, cosa que yo nunca hago en mis viajes, pero nada. Pedro tiene un vozarrón que amarra.

Pongo entonces a volar gaviotas verdes y hasta una mariposa pongo aleteando sobre el agua tranquila a diez millas de la costa, pero nada tampoco.

Pedro se me tasajea al detalle. Se saca los riñones, me los pone en las manos, me dice que el de la derecha es el problemático, que tiene piedras y que el corazón falló también y que hubo que seguir rápido para arriba con la

misma cuchilla para atender el caso. Y se me destripa Pedro sin que yo pueda navegar por su culpa y por la de los juanes, y ya no le digo que sí con la cabeza ni con la cara ni con nada. Porque lo que yo quiero es el mar, porque si hace seis meses que él estuvo al borde de la piragua esa, lo que yo quisiera precisamente es una piragua para salir mar afuera, mano a mano con los juanes estos y aunque tenga que cargar con el lastre de la Caridad.

Y como ya no puedo más y como la cuchillada del pecho de Pedro llega hasta el costillar de la piragua que ya estoy echando en el agua a pesar de la bronca con los juanes, pierdo la cabeza o no sé lo que pierdo; el caso es que le he dado un botellazo y está ahí en el suelo mirándome con los ojos espantados del que no entiende nada y le duelen los sesos.

Nada; que tal vez todo esto no hubiera pasado si alguna vez yo hubiera ido al mar, pero es que nunca, ni siquiera lo he visto en persona todavía.

Noviembre 1966

HILARIO EN EL TIEMPO

A Jorge Rigol

Por el oído todo fue llamándose al principio sonido. Bien fuera el viento haciendo golpear la hoja suelta de una ventana o la grito de Hilario mucho más lejos, donde empezaba la calle y resuelta la grito en un estruendo de voces contra Hilario. Todos fueron primero por el oído, sonidos.

Pero luego cuando ya pudo estar de pie, equilibrándose agarrado a la baranda de la cuna y manejando el llanto para las cosas que quería o no quería, los sonidos fueron diferenciados como sonidos de las cabezas por las voces y sonidos de las cosas por los ruidos; y esta fue la primera separación de lo que por el oído viene como ruido o como voz.

La segunda fue ir descubriendo lentamente, entre aciertos y mixtificaciones hasta la altura de los tres años, que las palabras por su naturaleza y forma de persistencia, representan hechos que pueden haber sucedido o estar presentes o sobrevenir.

Más, sólo el sexo estaba callado, sólo aparentemente funcionando para humedecer pañales, sólo independientemente erecto al despertar todos los días; pero seleccionando colores, una aspereza de una caricia, un olor de su distinto, un sabor de otro, un rumor de su enemigo ruido.

Luego, con el más andar del tiempo —los cinco o los seis años— o quizás mucho antes y continuamente después, comenzó por la palabra ajena la condenación de lo que estaba por manifestarse sin conciencia de sí mismo ni percepción de su obra secreta. Y la palabra aprobó que de esta agua no se bebe y de la otra sí. Y fue la palabra el monstruo conformador, y dividiendo la vida en dos partes, una de bien y otra de mal, comenzó el molimiento de su sangre.

Eso no se toca, te pudre la mano y si con la mano podrida te la llevas a la boca te pudre la boca, te pudre los huesos, te pudre el alma.

El alma es algo que está debajo de los pellejos, más allá de la carne, casi detrás de los huesos; y es como un susurro o un hueco o como una nada que si se pierde se pierde todo.

Esto dicho desde arriba, desde la cabeza más frecuente y más amada, pero dicho sólo con dos palabras rápidas: «Caca, nené.»

Ahí tienes a Hilario; se pudrió todo. No tienes más que ver su bulto enorme, estorbándole entre las piernas para caminar, para moverse. Provocando la risa de la gente, el señalamiento, la culpa, la pérdida del alma que debía estar dentro de Hilario y que tal vez ya ni lo esté y haya salido espantada de tanta podredumbre, y por eso le ves los ojos y todo el cuerpo extraviado. Los ojos chiquitos, oblicuos, como de puerco para mirar. La cabeza puntiaguda, el hilo de baba en la boca, los trapos desgajados, sucios, los pies enormes, desparramados, descalzos. Ahí lo ves, ahí lo oyes cómo le gritan, cómo se enracima la gente y se sofoca y se divierte bajo este sol de fuego que nos tocó vivir de repente.

Hilario contaminado, perdido a partir de su sexo, cuando no debió de hacerlo. Ahí lo tienes; no lo parió nadie. Vino así como es, de pronto y sin que nadie lo pariera. Crecido y extraviado de un golpe ¡por hacer con su sexo sabe Dios lo que hizo!

Y todo esto dicho también con pocas palabras: «Mira lo que le pasó a Hilario por tocarse, por andarse con eso, por hacer cosas con eso.» Hilario contaminado y contaminador. Su rancho donde vivía, un *varaentierra* sucio, terroso, en las afueras donde ya no estorbaba la casa ni los ojos de nadie; después del alejado edificio de la logia masónica, más allá todavía del campo donde se iba a jugar pelota o a volar papalotes.

Del *varaentierra* salía la peste, su peste, y se iba por el mundo y hacia los malos olores del mundo y provocaba las deformaciones y las enfermedades y andaba la parte mala y todo lo malo del pueblo que Hilario contaminaba a partir de su cuerpo y de su culpa, aquel paquete sexual enorme, hipertrofiado.

Acaso fue Bruno quien trajo la puerca. Quien hubiera sido, allí estaba amanecida bajo la mata de galán de noche, gruñendo, comiendo, hociqueando el agua sucia a borbollones ruidosos en la palangana vieja. La cabeza gacha, las orejas sobre los ojos y el rabo torcido.

Abajo el olor a chiquero que se formaba y arriba y de noche en adelante, el galán perfumando el aire, echando del mundo los olores de Hilario. Allí estaba la puerca.

Al mediodía hace sol desde la mitad del cielo. Las cosas se abruman de sofocación. El aire se detiene, se electriza de calor y así un ruido se sabe en seguida de dónde viene. El padre duerme la siesta y la madre sigue por allá dentro batiendo sus tristezas.

Susana se va; con su trapo blanco y almidonado, deslumbrante de sol y atado a la cabeza negra, se va para volver a las cuatro a empezar la comida. El patio se queda desierto, metido estrechamente entre el aire electrizado y quieto.

Si el caballo del padre está en la caballeriza es el único ruido que se oye, bien que resople ruidosamente o se ponga a patear el suelo de cemento para espantarse los tábanos amarillos que él mismo ha traído del campo en las orejas. No hay más ruido, no hay nada que hacer. Si acaso subir por el tronco sedoso del guayabo al techo del último cuarto de desahogo y allí, tumbado a la sombra del gajo más alto que sobrepasa el techo de tejas, echarse bocarriba a mirar el cielo hirientemente azul, o dormir.

Pero son diez años y no hay sueño. Por eso baja y se va al pozo, al juego brutal de las jicoteas. Allá abajo a unos seis o siete metros, sobre unos maderos flotantes en el agua, suben las jicoteas prisioneras a tomar un poco de sol que les llega por muy escaso tiempo ahora al mediodía.

Entonces se puede hacer el juego cruel. Se puede; se hace: coger una piedra grande con las dos manos y dejarla caer. La jicotea no espera nada, es como una piedra dormida. El impacto es salvaje; o bien da la piedra en el carapacho, o en mitad o en el extremo del madero flotante. De todas maneras salta la jicotea, salta a muerte tal vez. Se oye el chapuzón tremendo con sus bajos profundos y se huele casi el agua de manantial removido. Además se deja de palpar la piedra que hace un momento se sostenía a puro esfuerzo entre las manos y ahora se sienten liberadas. Se ciega todo abajo en el primer instante, pero luego se forma primero un arcoiris que dura un segundo —hay que estar atento para verlo— y por fin la jicotea baja nadando a salvarse o como un cuerpo roto que desciende en las aguas. Y la garganta queda seca sin gusto por el gusto del juego y del agua no tenida.

Todo eso también se puede hacer. Todo esto ayuda a darle curso a la sangre que quisiera más venas en el cuerpo para andar y recorrer. Se busca

satisfacer algo remoto, elegido desde los primeros días y que pugna por los sentidos a los diez años.

Y se puede hacer más: calcular por encima de la cerca —la frente y los ojos nada más asomados— si también los Jiménez duermen su mediodía y mirar al perro de presa echado bajo la mata de güira, acezando de calor y darle una pedrada en firme y que grite, que reviente, aunque vengan las voces y de nuevo las discusiones y él jure que no y vuelva a jurar que tampoco la otra vez.

Se puede, pero hoy es la puerca. La puerca bajo el galán florecido.

Ahora tumbada de costado, adormecida, gruñendo de sueño y de calor mientras a lo largo de todo su cuerpo da un poco de sombra el galán.

Apenas se acerca, la puerca gruñe más fuerte alertándose, y levanta la cabeza. Él sonrío, se adelanta despacio, sabe su juego; la madre se lo enseñó complacida una tarde en la finca: a todo cerdo que se le rasque la barriga acaba por tumbarse.

De pronto le golpea el lomo y el animal se pone en pie de un chillido. Luego él se hace confiar; tiende la mano, le va frotando el vientre tibio y redondo. El animal gruñe de satisfacción, se va inclinando hasta que se tiende de nuevo a dormir. Él sonrío, puede empezar cien veces el juego inocente y cien veces lograrlo. Y ya empieza otra vez; ha tendido la mano, va buscando el vientre lustroso cuando la puerca se levanta a mitad de la caída, abre las patas, se agacha y se pone a orinar.

Los ojos de él están mirando y los oídos oyendo y una fuerza tremenda que es más que él y que aplasta todas las palabras suyas y las de todos los siglos en todos los idiomas, le pone la sangre en una sola dirección y se le va primero la mano como se le fuera después la vida detrás de la mano.

Y lo hizo, cuando el viento estaba quieto, cuando se podía saber a tiempo de dónde venían los ruidos y a quiénes traían con ellos.

Así pues, será esta noche. Esta primera noche de la primera vez a los diez años de vivir. Uno se va quedando con el desamparo de uno mismo como cuando se tenían dos o tres años y se alejaba la voz.

Pero son diez años y si ahora uno se queda con uno mismo ya no importa tanto la voz, sino los recuerdos que la sustituyen y que en el fondo, no siéndolo, son ella misma y la culpa.

¿Y si fueran los buenos recuerdos que tienen que ver con el río en el verano, el agua fresca, los mangos, los aguacates lustrosos donde da la luz y brilla mojada, o aquella otra vez del mar cuando el padre —después de halar y halar— vino a ponerle delante el primer pescado grande y vivo, soltando chispas de agua de oro, coleteando enloquecido? Pero no lo son; ni siquiera otros recuerdos, sino uno solo, obsesivo, multiplicado en sensaciones que aún están en la carne desde hace siete horas atrás, al mediodía: el olor del animal en sí, los gruñidos, el tacto a la piel lustrosa, los ojos hacia arriba, buscando el galán de noche.

¿Y por qué eran estos los malos recuerdos si había una identidad entre la piel de la bestia y la piel del aguacate? ¿No fue el asombro del pez visto por primera vez, coleteando lleno de oro, lo que le hizo saltar el corazón como saltara furiosamente al mediodía cuando el tremendo minuto de la puerca?

¿Quién pues, había establecido la diferencia? Hilario.

El alma, la nada, el hueco que si se pierde se pierde todo, estaba apenas naciendo y ahora de repente, a volar, sorprendida por Hilario, espantada por él. Entonces lo peor; la conversión física en Hilario, la transformación de pies a cabeza.

Es decir: tener de pronto por camisa la suya, renegrida, sin color, maloliente, el sexo abrumador, monstruoso, estorbándole el paso y provocando la burla. Esperarlo y no poder siquiera rechazarlo con las manos, porque vendría de dentro de uno mismo, sin parirlo nadie, surgiendo del hueso a la piel y que al ser ya manos de Hilario no iban a contenerse a sí mismas, sino que iban a buscar el sexo, los piojos, la podredumbre, para rascarse como era siempre en las aceras y en las calles. Implacablemente en esta primera noche de la primera vez a los diez años, es que va a venir Hilario y que estará viniendo siempre y por todas las ocasiones en que empiece de nuevo el amor en el tiempo.

Agosto 1968

ABRIR Y CERRAR LOS OJOS

A Otto Fernández

*En cuanto llega a esta angustia
Rompe el muerto a maldecir:
Le amanso el cráneo; lo acuesto:
Acuesto el muerto a dormir.*

MARTÍ

¿Sería acaso la virgen de la Caridad, aquella medallita en el pecho, lo que me obligó a darle el botellazo?

Al principio, en los primeros días de cárcel, con todo el tiempo que tenía para seguir navegando, llegue a pensar que sí, que fue sobre todo porque se me atravesó la virgen con los tres juanes cuando yo intentaba echar mi barco a la mar.

Y no porque yo tenga o no tenga sentimientos religiosos, no. Para mí las santas y los santos son gente aparte, quienes viven acomodados en el cielo y a otra cosa, no me interesan. Pero es el caso que pensando y analizando he llegado a la conclusión que el botellazo se lo di porque algo incontrolablemente místico le queda a uno confundido entre el manojito de sentimientos del que ha sido cocinado desde niño, aunque sea en baño de maría, en una cultura de trasfondo cristiano.

Y como la virgen de la medallita me estaba impidiendo irme a la mar, se me disparó el botellazo que a fin de cuentas es lo único cierto y objetivo que sucedió sin más especulaciones.

Pero bien, el caso es que me echaron seis meses justos y que, aparte del escándalo y la mentira de que yo estaba borracho y la cogí con él, por encima de todo eso, me resultaron encantadores los seis meses que me pasé detrás de la reja, o me estoy pasando. Y no digo este último, el sexto, porque no sé... no sé qué me voy a hacer ahora.

Imagínense; todo el santo día para navegar. Cinco meses tirado en el catre, bocarriba, con los ojos cerrados, las manos bajo la nuca y recorriendo todas las aguas del mundo. Lo mismo con bonanza que contra viento, tiempo y marea. Y conste que no digo tiempo de acuerdo con la acepción climatológica de la palabra, sino en su verdadero sentido: tiempo como espacio en los días y los siglos.

Y toda esta navegación, como bien se comprenderá, sin riesgo alguno, pues aparte de pilotear, manejando yo mismo las nubes, las corrientes, los peces y las marejadas.

Naturalmente que me interrumpían dos veces diarias con el par de hierrazos que pegaban en la reja para avisarme lo de las comidas. Pero eso lo arreglé en seguida; puse una campana especial en todos los barcos en que navegaba y ordené a mis segundos a bordo que tocaran dos veces al día para avisarme del almuerzo y la comida. De manera que no tenía más que ir a la reja con los ojos cerrados cuando sonaba el campanazo, recogía mi rancho y seguía sintiendo el aire del mar en la cara y el rumor del agua navegando.

Ya digo; un encanto. Si hasta llegué a contar los días con angustia pensando que en una mañana de aquellas me iban a dar la libertad. Confieso que me llegó a preocupar tanto el asunto que acabé pensando en repetir el botellazo cuando cumpliera, cosa de que me echaran Otros seis meses o más, porque creo que este asunto es también acumulativo. Claro que como por otra parte tampoco era cosa de desperdiciar los días con el aseguramiento de regresar, dejé este problema para resolverlo cuando me pusieran en la calle.

Y no perdí un minuto más. Al mar completo. Por seis meses que de ninguna manera eran seis meses exactos, así contados por el almanaque, ya que como dije me iba con el pensamiento y el primer descubrimiento —antes del otro lamentable— fue que *tiempo* en imaginación no es lo mismo que *tiempo* en realidad del que se genera de las vueltecitas que da la tierra.

Vaya, para no tener mucho que explicar; resulta que cuando usted sale a la mar, en cualquiera de sus barcos, usted puede estar un día, dos, diez y hasta un siglo navegando en un minuto. La cabeza, con los ojos cerrados, le da para eso y mucho más.

Y así fue como empecé a tropezarme en los mares del mundo con aquella gente maravillosa: Cristóbal, Hernán, los hermanos Pinzones quienes eran mellizos, y unos siglos después en plena piratería, con el capitán Cabezas Caravaca, vasco de origen y abstemio por naturaleza, quien no ha estado nunca en la historia ni era ése su apellido ya que le decían Cabezas por las muchas que mandó a arrancar a su indebido tiempo.

Pero era un tipo simpático a pesar de todo, o sobre todo cuando sonreía. Así, el bigote enorme, mantenido normalmente en ángulo agudo con el vértice justo bajo la nariz, comenzaba a abrírsele cuando sonreía hasta los cuarenta y cinco grados lentamente y entonces ya, si iba franco para la risa, tan rápido que estallaba en una bárbara carcajada a los cientos ochenta grados

de modo que tenía que agarrarse a lo primero que encontrara porque se le volvía el bigote un pájaro poderoso de largas y tendidas alas negras, que se lo llevaba de este mundo.

Una tarde lo vi volar. Estaba calmo el mar y Cabezas Caravaca en el castillo de popa divirtiéndose con las cosas que contaba uno de sus hombres: «Mentía el tipo, Capitán, pero a quemarropa mentía. Entonces yo por ver hasta dónde llegaba, voy y le digo: Milagro Navea, que siendo usted tan viejo y habiendo visto tantas cosas no viera pasar a Colón cuando por poco bojea la Isla. ‘¡Que si lo vi! ¡Válgame Dios, con estos ojos!’», me dijo el hombre. ‘Estaba yo por la Plata Baja cuando pasaron pegaditas a la costa las tres naves. Iban para abajo, como para el rumbo de Pilón, y delante Cristóbal de pie en la proa de la Capitana, mirando siempre al frente, con su melena, su saya con cinto y sus medias de pelotero. Si hasta adiós le dije, compadre, y él me respondió modesto: Aquí, descubriendo, haciendo que se hace.’ Oiga capitán Cabezas, yo no sé cómo me pude aguantar la risa; y tal vez por eso mismo, para disimularla, cojo y le digo: ¿Y no vio también a Rodrigo de Triana? ‘¿Qué Rodrigo?’, me dice. ¡Hombre, ¿quién va a ser, Navea?, el que dio el grito. Entonces el viejo me miró con cierta desconfianza, pero en seguida le brillaron los ojos: ‘Bueno, espérese; yo no vi al hombre pero oí el grito. Fue un ¡ay! que me quemó largo y desesperado’.»

En ese momento se distendieron de un golpe las alas del bigote del capitán Cabezas, pero con tal celeridad que pasó de los cuarenta y cinco grados a los ciento veinte y estalló la carcajada a los ciento ochenta. De manera que salió volando, pasó sobre el puente de mando y fue a caer de un tablazo en el castillo de proa.

Yo estaba encantado aspirando el aire marino cuando lo vi levantarse del suelo como aturdido y lo único que atinó a decir fue:

—¡Qué va! ¡Lo cuelgo!

Y en seguida mandó a ahorcar al chistoso de una de las vergas del palo de mesana. Mas, ahí fue donde yo intervine:

—A ese hombre no lo mata usted, capitán Cabezas Caravaca.

—¡Qué dice! —me gritó furioso— ¡Aquí mando yo!

—Mientras me plazca, Capitán.

—¡Lo cuelgo a él y a usted y ahora mismo! —y volviéndose llamó:

—¡A mí, mis hombres!

—Quietecito, Capitán —le respondí.

—¡A callar!

—¡A callarse usted! —rugí—. ¿Se olvida que este barco con toda su tripulación y su persona está en mis manos, y más que en ellas aquí, en mi imaginación? Me basta con abrir los ojos, ¿entiende?

Era cierto, él lo sabía. No estaba en la historia como ninguno de ellos ni el propio barco. Sólo el mar estaba como estuvo siempre después del diluvio. El capitán Caravaca volvió la cabeza y marchó con su escasa estatura, taconeando fuerte sobre cubierta.

Por lo demás yo nunca tuve dificultades con él. Pronto me di cuenta que lo había situado en una época realmente dura y sangrienta. Después de todo era un hombre decidido y valiente, y sabía mandar a los suyos. Sin duda era una de esas naturalezas desatadas que no pueden ser nunca la cabeza de mando mayor para orientar los destinos de la humanidad. Era sólo una fuerza intermedia entre el que más sabe y tiene su corazón de miras muy altas y el otro que sale a ejecutar con la acción las miras de su orientador.

Pero como allí no había orientador más que yo y no me tomaba el trabajo de orientar a nadie, fue que le dejé hacer a Cabezas hasta que perdió la suya un año después. Y la perdió no en manos de nadie, ni siquiera por mis ojos abiertos, pues a fin de cuentas él tuvo un gesto valiente de arrepentimiento.

Estábamos entonces metidos en el Atlántico por las alturas de las Islas Bermudas cuando nos llegó la confidencia. La trajo un hermano de la costa quien había salido de Jamaica a remo limpio hacía cinco meses y se alimentaba de lo que iba pescando cuando realmente pescaba. Se botaba un *sebiche* magnífico a bordo y de noche dormía largamente de cara y boca abierta a las estrellas para recoger el rocío que le mediaba de agua la boca al amanecer.

Lo avistamos por babor una mañana y después que Cabezas telescopió su catalejo, dio la orden:

—Recojan a ese bodrio. Si no es hermano de la causa me le separan la cabeza, y nadie se manche la ropa, ¿eh? Andando.

—Correcto —dijeron los otros y suerte que el tipo, como dije, era Hermano de la Costa y que además había sido bucanero en sus años mozos.

Luego le dio la gran noticia al capitán Cabezas; una nave española venía cargada de oro, derrengándose, de las minas de Potosí en el Perú. Había tenido que carenar en Santiago de Cuba para hacer reparaciones en el gobernalle, pero sin duda ya debía estar en camino hacia aquellas latitudes.

—¿Cómo te enteraste, estando tú en Jamaica? —le preguntó el Capitán.

—Por radio —dijo el ex bucanero.

Cabezas me miró, miró a los suyos y temeroso de que lo fueran a creer un ignorante, se atezó el bigote y dijo:

—Está bien. Lo abordaremos.

Claro que nos tuvimos que pasar como quince días dando vueltas en redondo y por eso nos mareamos. Más, no hubo necesidad de disparar un solo trabucazo. Además, hay días en el mar que uno no está para bombardas. De manera que cuando los de la nave española vieron la enseña del «Dos Colmillos» se rindieron en seguida bajando la suya.

El capitán Cabezas Caravaca apoyó la siniestra en la empuñadura de su espada que era —puesta de pie— mucho más alta que él y por lo cual tenía siempre buen cuidado de nivelarla en ángulo recto con sus nalgas, y dijo:

—A mí el capitán de la nave rendida.

—Mande —respondió una voz humilde que salía debajo de un par de ojos azules—. Usted dirá.

—Os conmino a que paséis presto todo el oro de la vuestra nave a las bodegas de mi barco si no queréis ser pasto de las llamas o los peces.

El de los ojos azules quedó como si no hubiera entendido y Cabezas al comprenderlo, se volvió por lo bajo a preguntarme:

—¿Es que no lo he dicho en buen español?

—Perfecto —le dije.

—¡Entonces, ¿qué es lo tuyo? capitán de mierda!

—¡Vea, vea usted —dijo el hombre— es que me ha parecido que decías oro!

—Oro y no del moro —respondió nuestro capitán.

—Bien, señor, pero escuche; es que nosotros no cargamos oro en este viaje, sino guano para abonar en la Gran Canaria.

—¡Derelicto! —estalló el Capitán y me miró rápido un segundo para que yo aprobara su palabra— ¿Quieres ser pasado a cuchillo?

—¡Por las alas de Dios que no cargamos mineral precioso alguno, Capitán Almirante!

—¡Maldición! —gritó Cabezas y de un salto cayó a bordo de la nave enemiga.

Un momento después, allá abajo en las bodegas y encaramado en una montaña de abono, lloraba como un niño apretando entre los puños rabiosos dos porciones de guano de murciélago, el capitán Cabezas Caravaca.

—¡Hacerme esta mierda a mí! ¡A cuchillo!

Ya digo que la época era dura y sangrienta; así que no quise abrir los ojos y mirar el techo de mi celda. Simplemente asistí al horror. Toda la tripulación fue pasada a cuchillo. Todos menos uno, quien a pesar de ser considerado por Cabezas como el autor intelectual del hecho, el Hermano de la Costa, había logrado escapar hasta el momento en que el propio Capitán en persona venía a trincharlo con la espada.

—¡Más nunca pruebas el sebiche!

Pero entonces me dio la gana. Abrí los ojos sólo por un momento y borré al ex bucanero de la furia del Capitán. Cabezas se volvió a mí sin comprender, asombrado:

—¡Pero cómo, si estaba aquí!

—Déjate de estupideces —le dije— ya hay bastante con la sangre que has derramado. Y me fui a dormir.

Efectivamente mil doscientos hombres habían sido sacrificados por los leales de Cabezas. Más, entonces sucedió algo con lo que no contaba el Capitán ni creo que yo tampoco. Toda la mancha roja que se había deslizado al mar se mantenía en torno al «Dos Colmillos». A babor, a estribor, a proa y a popa. Allí quedó al caer la noche cerrando el barco, bajando y subiendo a compás con el suave oleaje, y aunque el Capitán Cabezas ordenó soltar todo el trapo, nos siguió, navegando obstinadamente sin abandonarnos, viéndose más allá de la proa el límite exacto entre su rojo profundo y el azul marino que en vano tratábamos de alcanzar.

El Capitán empezó a ponerse nervioso:

—¡Esto es una maldición gallega! —me dijo, pero luego se quedó mirando y con su cicatriz cruzándole la mejilla que casi se le borraba por la palidez. Al fin, me preguntó como en un susurro:

—¿O es que lo has hecho tú deliberadamente?

—Nada tengo que ver con eso. Allá tú con tu condena.

La verdad, fui demasiado duro. Me miró con desaliento y luego fue a inclinarse sobre la borda para seguir mirando la mancha. Después se volvió a mí:

—¿Tú crees que si se derrama nos sigue siempre?

—Depende —le dije—, si se hace por la libertad no, pero si es sólo por un montón de oro o de abono, que es lo mismo, nos sigue siempre.

Y creo que éstas fueron las últimas palabras que hablé con él. Se empeñó en hacer todas las guardias día y noche y al sexto día amaneció ahorcado. Luego que bajaron el cadáver no sé si me dio lástima o risa. Más, no importa; el Capitán Cabezas Caravaca nunca ha estado en la Historia. No ha sufrido ni ha hecho sufrir.

Cuando lo echamos al mar la sangre se detuvo y lo siguió, abandonando por fin el barco.

Luego avancé en el tiempo otros cuantos siglos y seguí entablando amistad con mucha gente buena y valiosa.

Un día estábamos pescando en un hermoso yate de mi propiedad que aún olía a pintura fresca, cuando pasó sobre nosotros volando el «Cuatro Vientos». Eran Barberán y Collar directos a Camagüey desde España. Me extrañó un poco, desde luego, que me sorprendieran. No había contado con eso, pero a la vez me di cuenta que venía una gran época y que, decididamente, llegaría la ocasión de los siglos en que tendríamos que cambiar el barco por el avión.

Así pues, como me gusta tanto el mar, me apuré en continuar agotando en él las posibilidades antes que viniera ese tiempo presentido. Y fue por aquellos días que decidí vender el yate. Era una maravilla y por eso no lo malbaraté. Me dieron tres millones por él; con ese dinero decidí viajar el mundo en un barco de soberano lujo donde yo no tuviera que pilotear, sino ir simplemente como turista.

Y en eso andaba ya con pasaje para Leningrado, porque quería llegarme hasta los jardines de Pedro el Grande, echarle un vistazo a las fuentes, entrar luego por el Neva y de paso ver el Crucero Aurora, en fin esas cosas, cuando

me sucedió el primer fenómeno; y la verdad que no fue el primero porque ya lo de Barberán y Collar se las traía.

De pronto y sin esperarlo, y yo menos que nadie, se desata una tormenta. Yo había dispuesto que el mar se mantuviera quietecito, el cielo limpio de nubes y si acaso una buena mancha de peces voladores que nos siguieran todo el viaje, porque vuelan muy bonito y, vaya, porque me gustan. Así que de pronto la tormenta me dejó pensando. Estaba fuera de mis órdenes.

«Bien, esto se acaba ahorita», me dije; «no está en mis cálculos, luego no existe. Entonces me fui a mi gran camarote y me eché bocarriba a leerme un libro de Ángel Arango: «Adonde van los Cefalomos».

Y en eso estaba cuando oí la campana desesperada llamando y sentí un golpe de mar que me echó al suelo:

—¡Qué diablos pasa! —grité a tiempo que asomaba a la puerta el rostro pálido de uno de los oficiales:

—Las mujeres y los niños primero —dijo.

Bueno, ¿para qué contar un relato de horrores? Simplemente diré que se hundió el barco y yo me salvé en una tablita. Es decir, estaba batallando con las olas, agarrado a una tabla y sintiendo el viento tremendo, cuando me di cuenta y me ordené furioso:

—¡Abre los ojos!

Naturalmente volví a mi celda, pero por poco me ahogo.

Bueno, esta vez no me sentía feliz en la prisión. Algo había ocurrido más allá del tiempo y del sueño; algo me había fallado y hasta más: no sé por qué, cuando dieron el hierrazo en la reja para la comida de la tarde, le dije al guardián mientras cogía el plato:

—Anote; acaba de naufragar el Termópilas de bandera griega a la entrada del Golfo de Finlandia.

Y yo no sé si el carcelero me miró o no. Lo cierto y a la vez lo tremendo, es que al día siguiente vino con la edición de la mañana y los ojos llenos de asombro. Vi el titular: «Desastre; zozobra en el Golfo de Finlandia el Termópilas.» Bien; ¿ahora yo qué me hago? Es el sexto mes. ¿Abro o cierro los ojos?

Noviembre 1968

UN QUESO PARA NADIE

A Holbein López, viejo amigo

Es preciso que yo, puesto en mí,
me vea por mí a mí mismo.

JOSÉ MARTÍ

El psiquiatra traía entre pecho y espalda tres dedos de desayuno líquido elaborado con una cucharadita de café en polvo sumada a la hervidura de las borras por tercera vez, en tres días consecutivos.

Tomó pues asiento frente a su mesa de trabajo y miró la agenda. Para el primer turno de la mañana estaba un nombre y ya se disponía a leerlo en toda su extensión, cuando sonaron dos tímidos golpes en la puerta.

—Adelante —dijo y se abrió la misma. Entonces, terminó de pronunciar mentalmente el nombre en el rostro indeciso del paciente: «Adelaido Ramírez A. ocho y media».

—Puntual —dijo amable el psiquiatra y el otro empezó a decir algo que quedó malogrado en una atmósfera de sonrisas y traspiés. Pero el psiquiatra no pudo captar la totalidad de la sonrisa ni la visión completa del hombre, porque inesperadamente, todos sus sentidos se supeditaron a uno solo.

Era un olor a queso fresco, rezumante de suero, blando, envuelto en hojas tiernas de plátano que se metió por la nariz del psiquiatra en dos chorros de aroma inevitable.

—Acabo de llegar de Cascorro, doctor.

Pero el médico no oía. Independientemente de sentir que se le aguaba la boca se retrotrajo a la infancia como si él mismo ocupara ahora, tendido y evocador, el sofá de las confesiones.

Era la casa; afuera los corrales. El viento dispersando el mugido de las vacas. Las manos de tía sacándolo del molde. El queso rezumante todavía. Jamás hecho para la venta, sino para la casa. Dimensionado de modo tal que a cada quién le correspondiera su parte hasta la hartura total, hasta el agua pedida y el «no, gracias, no puedo más». Queso único en el mundo que llenaba toda una etapa de la niñez y que después de regustado en la primera infancia, ya podía la familia distribuirse por el mundo, dividirse en nuevas ramas; casamientos, nacimientos, muertes, divorcios, acontecimientos climáticos o históricos, no importa. Alguien, alguna vez, entre los más viejos descendientes de aquella sangre asistida por el queso, evocaría a su debido

tiempo —no importa tampoco bajo qué clima o lengua de otro pueblo— la gracia de tía, de tía abuela o tía bisabuela, hasta la desaparición del último testigo, y quién sabe luego, ingresando en el hermetismo de los genes futuros para manifestarse emocionalmente alguna vez en el gusto por lo blanco y lo plástico, más allá del queso y del tiempo. No, como aquél ninguno; jamás y nunca.

Entonces eso; los pantalones cortos, por encima de la rodilla, la cabeza sobresaliendo un tanto de la mesa, los ojos extasiados, el delicioso aroma en el aire y la tía —sin entrar en la leyenda todavía— sino de carne, hueso y soltería, sacándolo del molde, mirándolo complacida y luego cortándolo para ofrecerle un pedazo; llevárselo a la boca, morder muellemente, sintiendo la estregadura del queso en la encía que lo escalofriaba gustoso, y con los ojos cerrados por fin, transmitir a través de todo el cordaje de los nervios y la libido desatada, la etapa fijadora de la niñez en un sabor de cuatro sensaciones vertebradas: *mugidovientocorrallyqueso*.

Y en eso estaba el psiquiatra cuando el paciente reforzó el tono de la voz para insistir en lo mismo por tercera vez:

—Digo que perdone, doctor, que haya venido con esto.

El psiquiatra movió la cabeza para decirle que no importaba, pero no abrió la boca porque se le hubiera escapado un chorro entero de agua.

—Usted sabe, acabo de llegar de Cascorro y como no quería perder el turno...

—Comprendo.

—Sabe, me lo hizo mi madre. Fui a verla y como ella conoce el problema mío. No es de jicotea, sino queso de cuajada.

—Lo sé —cortó el psiquiatra ensombreciéndose y bajando los ojos pero enseguida se recobró levantando la cabeza:

—Mira, puedes ponerlo... —y se contuvo buscando dónde señalarle. Había una mesita entre el paciente y él. Bastaba que el otro alargara el brazo y ya casi lo iba a hacer cuando, inesperadamente, el psiquiatra lo atajó:

—¡No!, aquí, no tengas pena. Con toda confianza, ponlo aquí —y le abrió un espacio entre su agenda, el teléfono y un cenicero de cristal que representaba a un niño con pantalones por encima de la rodilla, zampándose un racimo de uvas transparentes.

Entonces pareció hacerse el equilibrio entre las fuerzas del bien y del mal. El paciente fue a tenderse dócilmente en el sofá.

Adelaido Ramírez A. estaba terriblemente enfermo. Una inesperada dolencia que amenazaba con llevarlo a la tumba por inanición, había irrumpido en su vida ahora cerca de los cuarenta años.

Una mañana a la hora del desayuno quedó petrificado de espanto ante el vaso de leche. Súbitamente sintió una hondísima repugnancia seguida del irreprimible impulso de estrellar el vaso contra el suelo y así lo hizo. Hubiera jurado que la muerte estaba parada en dos patas en los bordes del recipiente. Pero la muerte está representada por una palabra seca como un disparo o por un millón de símbolos menores, y hubiera dicho la palabra o cualquiera de sus múltiples imágenes si se le hubiese hecho de alguna manera objetable. Más, no fue símbolo ni sonido, sino una razón soterrada que no podía delimitarse en sí misma y que sólo podía traducirse por eso: como si hubiera estado equilibrada en dos patas sobre el borde del vaso.

Luego, fue la malanga, la miga de pan, la papa y finalmente el dulce de coco que había sido siempre el talón de su gula. Hasta que una mañana su mujer descubrió la pista:

—Adelaido, es el color, el color blanco. Fíjate, la leche es blanca, la malanga también, el pan por dentro lo es, y el dulce de coco ni qué decir.

Y entonces fue al psiquiatra.

Llevaba ya seis meses largos de tratamiento, asistiendo dos veces por semana a la consulta.

—Ese viaje a Cascorro, ¿fue de tu propia voluntad?

—Por el día de las madres, doctor. Fui a ver la vieja, a mi casa.

—¿Tú casa no es aquí en la Habana?

—¡Jeh! ¡eh!—trató de reír—, la costumbre, doctor. Uno siempre sigue diciendo mi casa, y volvió la cabeza para disculparse añadiendo la mirada. Pero el psiquiatra no lo vio. Tenía hincados los codos en la mesa, apoyando la cabeza entre las manos mientras la nuez, extremadamente pronunciada, iba y venía a lo largo de su cuello, tenso y flaco, ocultándose al bajar detrás del queso según se veía desde el sofá.

El enfermo, indiferente, recobró su posición.

—Háblame un poco de tu casa, la de Cascorro, pero recuerda, como si hablaras contigo mismo.

—Sí —dijo el enfermo y suspiró hondamente y sólo empezó a hablar cuando el psiquiatra ya estaba a punto de insistir.

—Siempre la misma. No cambia; ni siquiera le han dado pintura de otro color en tantos años. Yo creo que mamá prefiere por fuera el verde a todos los colores de este mundo.

—¿Y por dentro?

—Lechada.

—¡El blanco! —se le escapó al psiquiatra y le brillaron los ojos.

—Sí, el blanco —suspiró el otro—. Mi cuarto mismo está igual que siempre; un sudario de lechada. La cama ahí, y a los pies, en la pared, el retrato de mi padre. De manera que por muchas vueltas que dé uno en la cama siempre lo está mirando a uno.

—¿Mirando?

—Quiero decir, en la pared, mirándolo todo.

—¿Cuándo murió tu padre, Adelaido?

—Yo tenía nueve años... Por lo demás, mamá es muy limpia, muy hacendosa y... ¿Qué más...? Bueno, no creo que haya más nada que decir.

—¿Se volvió a casar tu madre?

—No. Nunca se volvió a casar. Es como si papá estuviera vigilando desde la pared.

El psiquiatra levantó la cabeza. Durante meses había hecho una montaña de anotaciones sobre su paciente. Pero en ninguna de ellas había señalado, significativamente, alguna alteración emocional dados sus sueños y confesiones. Más, ahora empezaba a notar ciertas tonalidades, inesperadas, en la voz.

Inconscientemente el psiquiatra enarcó los brazos sobre la mesa, abarcando el queso entre sus manos y el pecho.

—Y tu padre, ¿cómo era él, lo recuerdas?

—Duro, firme, lo sabía todo y todo lo mandaba. Pero yo tenía nueve años, doctor. No estoy seguro, vaya... no sé cómo era mi padre.

—¿No sabes o no quieres saber?

El enfermo se sintió interiormente sacudido, pero no perdió su posición. Y se hizo el silencio. Sólo se oía ahora ese rumor del aire acondicionado que entra por alguna parte y sale por otra. Al fin, el enfermo dio muestras de intranquilidad y se pasó la mano por la frente.

—¿Qué? ¿Te duele?

—Un poco... si me diera una aspirina.

—Después. Antes te preguntaría si has tenido algún sueño.

El enfermo se tomó su tiempo otra vez.

—Sí, uno; hubo uno.

—Cuenta.

Decididamente el enfermo continuaba frenándose.

—¿Puede darme una aspirina, doctor?

—Sí, después.

—Bueno, pues nada... una tontería como todos los sueños... que estaba en un bote pescando con otro. Un hombre mayor él... yo un niño. El agua tranquila y transparente, tanto, que se veía a través de ella como del aire. Abajo habían peces de todos colores... Nada, eso, pero... yo estaba rabiando. Se detuvo entonces y miró al médico como si algo más que un pez, se le hubiera escapado de las manos. Esta vez sí se encontró con la mirada del psiquiatra, quien recogió sus brazos y se echó hacia atrás cómodamente en la silla.

—¿Rabiando? ¿Por qué?

—Deme una aspirina. Le digo que me duele.

—Cuenta, por favor —y había un hilo fino de angustia en la voz del médico.

—Bueno... porque ya digo que pescábamos. El señor un pez y después otro, yo... Nunca pescábamos a la vez. Sólo que si él prendía un pez azul, por ejemplo, al sacarlo del agua se volvía blanco... En cambio yo no. A mí, sí, se me pegaban de cualquier color, pero en cuanto los sacaba se me volvían negros y él... me insultaba. ¡Imbécil, sácalos blancos; cretino, estúpido, blancos... sácalos blancos! —y se detuvo de nuevo para volverse al médico:

—¿Se le debe hacer eso a uno aunque sea en sueños?

El psiquiatra no contestó. Lentamente se puso de pie y fue hasta el pequeño armario. Abrió la portezuela de cristal; tomó un frasco y se echó dos

tabletas de aspirina en la mano. Luego, al cerrar la portezuela, vio a través del cristal un cartel al fondo cuyo título rezaba en lindas letras góticas: «juramento de Hipócrates», y cerró los ojos. Después llenó un vaso de agua y vino a entregarlo con las dos tabletas al paciente...

Ahora sus ojos estaban fijos en el queso y cuando habló había a la vez tal decisión y riesgo en su voz, que pareció dirigirse directamente al manjar y no al enfermo.

—¿Quién era ese hombre que estaba contigo en el bote?

—¿Quién sabe! Yo no sé, doctor.

—¿No te haces una idea?

—No, ninguna, palabra.

—¿Por qué dices, palabra? ¿Temes que no te crea?

—Le digo que no sé quién era.

—Tú sabes quién es.

—No, doctor, no.

—¿Quieres que te lo diga yo?

—Usted no lo estaba soñando, era yo...

—Ese hombre era tu padre, Adelaido.

No dijo palabra, pero el ritmo de su respiración empezó a acelerarse. En tanto, bruscamente, el médico pareció desentenderse de él. Se puso de pie, después vino a revolver inútilmente unos papeles en la gaveta, porque podía suceder de pronto. Se lo decía su experiencia y hasta su intuición, o una de las dos se lo decía. De repente podía subir la memoria sepultada, como los peces del sueño y no disfrazaría su color esta vez, sino que haría fulgurar la indignación del paciente, o a lo mejor el llanto, quién sabe. Pero ya, franco, el gran pez, subconsciente y abstruso, atrapado.

El psiquiatra se estremeció. Entonces el paso de la libido al consciente. La vuelta al sabor, independiente del color. Hipócrates. Sobre su tumba, según la leyenda, anidaron un panal las abejas y luego aquella miel fue, para todo ser padecido, curativa de todo mal.

El psiquiatra pues estaba ahora callado, remoto, oscuro. Y entonces desde el fondo de su tripa, subió un sonido, creciente, delator que le hizo abrir los ojos y volverse al paciente:

—Acusado —dijo y se quedó atónito.

El enfermo lo miró sin entender.

—Digo, Adelaido, perdón... ¿Crees que sea necesario seguir por hoy?

—Bueno... como usted diga, doctor... Yo sólo iba a decirle que sí, que era mi padre, yo lo sabía.

—Naturalmente.

—Pero... podíamos descifrarlo, como usted dice siempre.

—¡Eh!

—¿Qué significan esos peces? ¿Por qué me regañaban?

—Bueno... creo que te has esforzado mucho por hoy. Así que será mejor... —Pero no pudo terminar, porque inesperadamente el enfermo se había puesto de pie y sus ojos llameaban insultados:

—¡La maldita hostia! ¿Por qué tenía yo que tragarme eso?

—¡Ah! —dijo sordamente el psiquiatra.

—Sí, el cuerpo de Cristo. Yo lo que quería era jugar pelota ese día. Era domingo, pero él me llevó a la iglesia. Todo vestido de blanco y allí, de rodillas, mientras el cura me la daba a tragar, lloraba de rabia y papá cerca de la sacristía, mirándolo, vigilando la operación. ¡Coño, eso no se le hace a nadie! —y el enfermo se cubrió el rostro con las manos.

El psiquiatra estaba inmóvil, desarmado. Quién sabe qué oscuros pensamientos iban y venían desde su infancia también, hasta el rumor de sus tripas. Hipócrates estaba a su lado repartiendo pedazos dulcísimos de rico panal. Y aquello se hubiera prolongado sabe Dios hasta cuándo si, desmedidamente y de un zarpazo, el psiquiatra no hubiera puesto su garra sobre el queso.

—No, eso no era un padre. Era un tirano. Lo digo yo.

Un momento después cuando el paciente se marchaba de la consulta, el médico le habló a su espalda con un hilo apenas de voz:

—Adelaido, se te queda el queso...

—Deje, doctor, usted sabe que no puedo...

—Podrás la próxima semana, el próximo queso. Verás.

Y cuando el enfermo cerró la puerta a su espalda el psiquiatra abrió una boca que le llegaba de la frente a la nuez para tragarse el queso, pero no pudo. Se quedó en el aire con la boca abierta mientras Hipócrates seguía repartiendo su panal en imaginarios pedazos de miel curativa.

Mayo de 1969

SOBRE EL AUTOR



ONELIO JORGE CARDOSO nació en Calabazar de Sagua, Las Villas, en 1914. Después de terminar el bachillerato en Santa Clara, desempeñó múltiples empleos: maestro rural, vendedor de medicinas, aprendiz de cuartoscuro, escritor radial, textador de documentales y noticieros cinematográficos. Actualmente trabaja como periodista. Sus libros son: *Taíta, diga usted cómo*, México 1943; *El cuentero*, 1958; *El caballo de coral*, 1960; *La lechuza ambiciosa*, 1960; *Gente de pueblo* (reportaje), 1962; *Cuentos completos*, Ediciones R., 1962; *La otra muerte del gato*, Ediciones Unión, 1964; *El perro*, Tertulia 1965; *Cuentos completos*, 1965; *Iba caminando*, 1965; y *Abrir y cerrar los ojos*, 1969.

Manijerí/Cuento

Con este libro Onelio Jorge Cardoso se aventura en el mundo de la fantasía, desasido ya de ese cordón umbilical que lo emparentaba con la literatura criollista. Los cuentos de *Abrir y cerrar los ojos*, funcionan más dentro del marco de la corriente trascendentalista, de los temas subjetivos del subconsciente y la memoria, que de la inmediata objetiva. En estos relatos la vida trivial se halla magnificada con recursos novelescos antes empleados por Onelio, como el psicoanálisis. Como escribiera Onelio Jorge Cardoso en su cuento «El caballo de coral»: un hombre tiene por dentro un angelito y su perro jbaro, el autor ha demostrado poseer a ambos, teniendo el angelito esa humana y noble lucha que caracteriza sus narraciones, y el perro jbaro esa malicia técnica que rehúye toda convencionalismo el uso.

